

CRISTINA PRADA
EN UNA PLAYA
AL SUR DE TU
HORIZONTE



*En una playa al sur
de tu horizonte*

Cristina Prada

Esencia/Planeta

© Cristina Prada, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Tiaré Pearl, a partir de las imágenes de Valentin Valkov, NicoElNino, Monkey Business Images, Mavo / Shutterstock

Primera edición: marzo de 2021
ISBN: 978-84-08-23817-1
Depósito legal: B. 2.492-2021
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Seer

Tengo un secreto. No soy como todos creen que soy. Ellos piensan que yo, Seer Porter, soy extrovertida y valiente, pero eso es solo una coraza, algo que forjé hace mucho tiempo para protegerme; las corazas, el superpoder de los tímidos, nunca las infravaloréis. Soy una persona introvertida y, a veces, solo a veces, también, un poco triste. Esa parte de mí no la comparto casi con nadie y muy poquitos conocen cómo soy en realidad.

OCTUBRE

—¿No te vienes, Seer? —me pregunta Patricia, una de mis compañeras, con el bolso en una mano y su bonito abrigo negro doblado sobre el brazo, asomándose a mi puerta—. Vamos a ir a comer a Da Ambrosio, ensalada de endivias y parmesano —canturrea, tentándome.

Niego con la cabeza, esbozando una sonrisa, mientras vuelvo a revisar el último párrafo del reportaje. No me convence.

—No puedo —contesto—. Quiero terminar de corregir estos artículos.

Ella arruga el ceño, confusa.

—Pero la reunión de contenido no es hasta finales de semana —apunta.

—Ya lo sé, pero, si los acabo hoy, podré repasarlo con publicidad y tratar de que Di Giacomo me dé el porcentaje más bajo de toda la revista.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que ceda? —plantea con una sonrisa.

Di Giacomo es un hueso duro de roer y todos somos muy conscientes de ello.

—No lo sé, pero, al menos, tengo que intentarlo.

Seer Porter nunca se rinde.

Ahora es Patricia la que asiente, y su sonrisa se ensancha.

—Buena suerte.

Le dedico un saludo militar. Lo tengo todo bajo control.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No te preocupes, ya me las apañaré.

Nos despedimos y se marcha pasillo arriba.

Cuando me quedo sola de nuevo, releo por tercera vez el artículo y, con el rotulador rojo, tacho la cuarta línea, entera. Frunzo el ceño. Siempre que tengo que cambiar cualquier texto siento una pequeña punzada de culpabilidad, pero no me queda otra. Esto es *Vogue*. Cada palabra que publicamos, cada fotografía, deben ser absolutamente perfectas.

Diez minutos después estoy oficialmente muerta de hambre y, por culpa de Patricia, no dejo de pensar en ensaladas con parmesano y tostaditas untadas con provolone picante.

Me levanto de un salto, rescato mi cartera del bolso y bajo por las escaleras hasta la planta veintisiete, al departamento de informática. Delante de la máquina de *vending*, sonrío como si fuera Indiana Jones cuando encuentra esa roca brillante en el templo, justo antes de que lo persiga la pelota de piedra gigante; en realidad, como Indiana Jones delante de cualquier cosa antigua que brille.

Esta pelirroja tiene que escaparse hasta el submundo de «control más zeta» porque nosotros somos *Vogue*, y en *Vogue* no hay máquinas expendedoras. Sí, así de dura es mi existencia laboral, alejada de unas Pringles al menos cuatro plantas, y lo cierto es que soy incapaz de entender por qué. Conozco al noventa y nueve por

ciento de las personas que trabajan en la revista y todas, en algún momento del día, matarían por un paquete de patatas o un bollito con un porcentaje por lo menos de setenta a treinta de chocolate frente a masa.

Nuestro problema es que, el uno por ciento restante, es la editora jefa, Amelia McCallister, la CEO del universo de la moda. Es como Miranda Priestly en *El diablo viste de Prada*, con la única diferencia de que no se llama Miranda Priestly. Ella no sueña con Pringles, eso está claro. Seguro que le tiene prohibido a su cerebro imaginar cualquier tipo de hidrato de carbono.

Sin embargo, por favor, por favor, no me malinterpretéis. Amelia McCallister es todo un referente para mí. Lo tiene todo bajo control, siempre. Sabe lo que quiere y no duda en ir a por ello contra viento y marea. Es fuerte, valiente, decidida.

Camino de mi mesa con mi botín, que incluye una Coca-Cola normal —nada de light o zero, soy una contestataria—, sonrío cuando oigo mi móvil sonar en el bolsillo de mi falda lápiz gris claro. Me siento muy orgullosa de esta falda, y más aún de haberla encontrado en mitad del caos de la mudanza. Sí, ayer fue mi primera noche en mi nuevo hogar: un bonito, y diminuto, superdiminuto, apartamento en pleno Upper West Side.

Mi sonrisa se ensancha cuando veo el nombre de Silver, mi mejor amiga, iluminarse en la pantalla.

—Sigues en la oficina —me reprende, cantarina, en cuanto descuelgo.

—Tú también —replico, segura de que es imposible que esté equivocada.

—Pero ¿por qué? —se queja, y sé que es la vez número un millón trescientas setenta y cinco mil novecientas cincuenta y tres que mantendremos esta conversación—. Tú no tienes nada que ver con esa gente.

—Quizás, en un futuro... —contesto, solo para chincharla.

Puedo jugar esa baza porque no me está viendo devorar patatas fritas como si estuviéramos en una película postapocalíptica.

—¿A ser una flacucha de una talla treinta cuatro que vendería a su madre por una hamburguesa con queso?

Ninguna de las dos lo somos, aunque tampoco somos lo que se dice iguales. Yo soy pelirroja, con el pelo indomablemente ondulado, tengo la cara llena de pecas y mi rasgo más destacable son los ojos verdes. Silver es rubia, con los ojos azules, la sonrisa perfecta y un cuerpo que vuelve locos a los tíos. Yo, menudita, con clara propensión a ser redondita y, cada vez que me las apañó para perder un poco de peso, siempre lo hago de las tetas. Señor, qué cruz.

De todas formas, esa clara desventaja respecto a Silver no es algo que me importe o me preocupe siquiera. Nos conocemos desde los cinco años, así que he aprendido a llevar con estilo lo de ser la «amiga simpática».

—Ey, no te burles —me mofó yo—, a la pobre Valeria Mazza no le cerraba la falda en ese anuncio de yogur —comento, socarrona, recordando el mítico anuncio junto a Cindy Crawford.

—Sí, recuerdo aquellos días —responde, nostálgica, riéndose de todo, como yo. Se nos da bastante bien—. Las recogidas de firmas, el debate en Naciones Unidas, «por favor, por favor, ayuden a la pobre supermodelo a meterse en una falda de talla infantil». Fueron tiempos difíciles —añade, sentida.

Sonríó de nuevo y me dejó caer en mi sillón.

—¿Tú por qué sigues todavía en el trabajo? —pregunto.

—No lo sé, creo que me da pereza enfrentarme otra vez a una entrevista de recursos humanos. Esos cincuenta minutos fingiendo que sabré guardarme mis impulsos sexuales en el remoto caso de que mi jefe se parezca a Chris Hemsworth me resultan agotadores.

Quiero contenerme, pero no soy capaz y acabo echando la Coca-Cola por la nariz. Tiene burbujas y es uno de los momentos más extraños de mi vida.

—Silver —me quejo cuando mis carcajadas, y mi angustia vital postre fresco en vías respiratorias, se acaban—, me refería a por qué estás en la oficina a la hora del almuerzo.

—Si no especificas... —replica a modo de pobre excusa.

—Me ha salido Coca-Cola por la nariz —protesto.

—¡Ja! —exclama, victoriosa—. ¡Lo sabía! Tú no eres como ellos.

—¿Qué crees que beben aquí? —pregunto, armada con un clínex, limpiando el estropicio de mi mesa y asegurándome de que no

me he manchado mi camisa sin mangas con pequeños estampados de pájaros azul marino.

—Evian —responde sin un solo atisbo de duda—, sin gas. Un clásico de la elegancia. Las marcas de agua como Boss son cosa de nuevos ricos sin clase —concreta.

—Señorita Porter —me llama mi jefe, deteniéndose al otro lado de mi escritorio—, tengo que hablar con usted

—Por supuesto, señor Tanaka. —Mentalmente me felicito por haberme deshecho de la lata de Pringles en cuanto me las he comido.

Me olvido del móvil. Sé que Silver no abrirá la boca. María, Silver, mi hermano Luke y mi hermana Elisabeth son los únicos que conocen a la chica tímida que soy de verdad, y tenemos una relación de codependencia entre todos que más de un psicólogo calificaría como obsesiva, porque nos pasamos horas colgados al teléfono y, lógicamente, nos hemos visto envueltos en situaciones de lo más variopintas. Por ejemplo, Luke estaba al móvil cuando María entró en su apartamento y encontró a su novio, Greg, con su vecina, Nadia. Este esgrimió en su defensa que se había quedado sin leche, ella le había dejado un brik y él había querido agradecersele. La leche debía de ser de avena enriquecida con vitaminas A, D, E y propiedades curativas, rollo fuente de la eterna juventud, porque Greg se estaba esmerando muchísimo en darle las gracias (y ella estaba gimiendo como una loca).

Hemos vivido, a través del hilo telefónico, broncas en el trabajo, declaraciones amorosas e incluso increpaciones a un ladrón, advirtiéndolo de que iba a triangular su posición y que mandaríamos a por él a la triada china que siempre come en el restaurante chino de su calle —obra de Silver mientras me atracaban en la estación de metro de la 52 con la Avenida Lincoln, hace dos años—. El caso es que, para bien o para mal, sabemos mantener la boca cerrada al otro lado de la línea cuando la ocasión lo requiere.

—Vengo de una reunión de primer nivel —me explica—, y me complace poder contarle que tiene a algunas personas realmente impresionadas.

¿Qué?

¡Genial!

Esta revista es como un pequeño feudo isabelino, la jerarquía lo es todo. Yo soy redactora jefa de una de las once secciones en las que se divide la publicación, lo que significa que tengo diez compañeros con un puesto similar al mío y todos tenemos que rendir cuentas al director de contenido, el señor Tanaka, aquí presente, que a su vez forma parte de la Santísima Trinidad, junto al director de arte y el director de producción. Y ya os podéis imaginar quién es la única que está por encima de ellos, dominándolo todo con mano de hierro... Efectivamente, la mujer que decidió que el Klein era un tipo de azul —sí, esa parte de la peli es completamente verídica—, Amelia McCallister.

«Reunión de primer nivel» es una manera profesional de llamar al almuerzo de la santa trinidad en el que deciden qué cabezas rodarán mientras comen sushi y beben... agua Evian. Silver no se ha equivocado.

Mentalmente me obligo a no mostrar mis emociones y me yergo un poco más en mi silla.

—Muchas gracias —respondo con el perfecto tono a medias entre un «estoy agradecida» y un «no me afecta porque mis jefes me dicen esta clase de cosas todos los días»—. Solo intento hacer mi trabajo lo mejor posible.

El señor Tanaka sonrío, comedido, pero, no os confundáis, es un auténtico halago. Él nunca sonrío ni muestra sus emociones; es como si estuviese en una esfera superior o fuese una especie de vulcano residente temporalmente en la tierra; larga y próspera vida.

—Siga así —comenta.

Un deje de auténtico orgullo me serpentea de pies a cabeza y asiento, contenta. Él me devuelve el gesto y se gira para marcharse... pero entonces algo en mi mesa le llama la atención.

—¿Eso es una Coca-Cola con azúcar?

Me muevo veloz, agarro la lata y la tiro a la papelera.

—Se la he quitado a una de las redactoras —miento como una bellaca—. En una revista como *Vogue* no podemos permitir este tipo de comportamientos.

Él vuelve a mover la cabeza afirmativamente, satisfecho y tam-

bién cómplice, tratando de trasmitirme su apoyo por haber hecho lo correcto y, al final, se marcha.

Tras unos segundos de prudente silencio, oigo de nuevo la voz de Silver:

—¡Enhorabuena, pequeña! —grita desde el teléfono.

Me incorporo tras recuperar la lata de refresco de mi papelera, la limpio y le doy un trago enorme.

—¡Gracias! —exclamo, feliz.

—Esto hay que celebrarlo.

—Sí. Sí. Sí —contesto mientras me marco un baile sin levantarme del asiento.

Ya no tengo por qué disimular. ¡La santa trinidad cree que lo estoy haciendo bien!

—Daré el aviso.

—Nos vemos a las cinco en punto —sentencio.

—Ni un minuto más, Seer Porter —sentencia ella.

Sonríó como sé que lo está haciendo mi amiga, colgamos y, más feliz que una perdiz, vuelvo al trabajo.

* * *

Cuatro horas después estoy saliendo de mi despacho con una sonrisa de oreja a oreja y las previsiones de temática del número que viene bajo el brazo para repasarlas en casa.

—Aquí estás —me saluda, o me desafía, con Silver nunca se sabe, por eso es tan divertido que seamos amigas, desde el interior del ascensor en cuanto las puertas se abren.

Sí, Silver Green también trabaja en *Vogue*, en concreto dos plantas más arriba, como ayudante ejecutiva de la señora Jennifer Guardian-Costwright, la directora del departamento de modelaje o, lo que es lo mismo, la encargada de decidir, entre otras cosas, si una modelo es lo suficientemente guapa y está lo suficientemente en boga como para ser portada de la publicación.

—¿Creías que iba a echarme atrás? —planteo, socarrona, entre cerrando los ojos—. Esta noche toca fiesta, pequeña —afirmo con una sonrisa.

Silver me la devuelve y pulsa el botón del vestíbulo.

—¿Estaba buena la Coca-Cola de tu papelera? —pregunta, cogiéndome por sorpresa y demostrándome una vez más que o bien ha colocado una cámara en mi despacho para poder cotillear o es cierto que tiene superpoderes en lo concerniente a inmiscuirse en la vida de los demás; yo, después de veintiún años de amistad, aún dudo qué opción escoger.

—Buenísima —respondo sin ningún remordimiento mientras las puertas se cierran. No los tengo.

Treinta minutos después estamos saliendo de la estación de metro de la 72 Oeste, justo frente al Gray's Papaya.

—Tenemos que pasar por el supermercado —le recuerdo a Silver.

—No me apetece —se queja con un mohín—. ¿Por qué no pedimos comida a domicilio?

—Y la pediremos, lo que quieras —me la gano—, pero aun así he de ir, porque no tengo *absolutamente* de nada —y recalco el adverbio—. Me mudé ayer y todavía no he podido hacer una compra decente.

—Está bien, ¿qué necesitas? —me pregunta mientras giramos hacia la 74, rumbo al supermercado Fairway.

Finjo pensarlo un segundo.

—De todo, pero me conformaré con lo básico: papel higiénico, pan de molde, mermelada de arándanos, galletas de chocolate, palomitas de caramelo y vodka —apunto, burlona.

—Amén, hermana.

Las dos asentimos, conformes con mi lista de indispensables. Somos dos mujeres con una misión... y tardamos algo así como dos segundos en romper a reír.

—Algo para picar, algo para desayunar... y el papel higiénico, por supuesto —contesto ya hablando en serio—. Mañana volveré con más tiempo.

Ya a unos pasos, una de las paredes exteriores de la tienda llama de inmediato mi atención. Está cubierta de cestos con flores y más flores, llenando todo el muro de los colores más vivos, que contrastan mágicamente con las primeras luces del atardecer. Me quedo

observándola como una idiota más de la cuenta y sonrío de oreja a oreja. Me encanta.

—Yo me encargo de buscar algo de picar y tú, del desayuno —me ofrece Silver cuando atravesamos las puertas.

Asiento.

—Regaliz rojo —apunto.

—Capitan Crunch —añade.

Parece que las dos lo tenemos muy claro.

Recorro los pasillos cogiendo algunas cosas. Como me falta de todo, no necesito hacer memoria, así que es bastante fácil. Con una bolsa de manzanas, un paquete de pan de molde y un bote enorme de mantequilla de cacahuete me encamino al pasillo de los cereales.

¿Dónde están los malditos Capitan Crunch? Reviso balda tras balda, pero no consigo dar con ellos. Resoplo. Es materialmente imposible que no los tengan.

Entonces... pasa... por la más pura casualidad.

—Aquí tiene —dice una voz.

Me giro y veo a una de las dependientas entregando, más que solícita, un paquete de Honey Bun a un hombre. Ella sonrío, incluso se muerde el labio inferior sin poder dejar de mirarlo, pero él no dice nada, solo asiente efímero, casi desganado, aunque manteniendo unos modales impecables, y un esbozo de sonrisa, aún más débil, se cuela en sus labios.

La empleada también asiente, como si pretendiese arengarse para iniciar una conversación o algo parecido, pero finalmente, con la misma sonrisa de oreja a oreja, lo mira unos segundos más y se marcha, volviéndose un par de veces antes de girar por el pasillo catorce.

Él finge no darse cuenta, aunque sería imposible no haberlo hecho, y yo no puedo evitar fijarme en él. Tiene el pelo castaño claro, barba de un puñado de días y los ojos claros, no soy capaz de precisar el color; es alto y delgado, pero, aunque parezca lo contrario, no es ninguna de esas características la que está llamando poderosamente mi atención. Sin proponérmelo, vuelvo a recorrer cada uno de sus rasgos con la mirada. Tiene algo, no sé el qué. Es

guapo, muy guapo, no soy tonta, pero hay algo más. Parece... enfadado con el mundo, cargado de esa clase de tristeza que se te mete bajo la piel y, aunque sigas adelante con tu vida, nunca logras sacártela de ahí.

Él se pasa la mano por el pelo, pensativo, provocando que el abrigo marinero azul marino que lleva puesto se le abra sobre el pecho y revele una camiseta sin mayor pretensión que ser gris y unos vaqueros gastados. Agarra con fuerza el paquete de cereales y echa a andar.

—Ahora entiendo que te hayas entretenido, pequeña sinvergüenza —comenta Silver, deteniéndose a mi lado y cruzándose de brazos, observando cómo se aleja—. Es atractivo y muy guapo, rollo torturado. Eso tiene mucho público.

Tuerzo los labios, fingiendo que no entiendo a qué viene el comentario. Cojo el primer paquete de cereales que pillo, lo tiro en mi cesta y, decidida, echo a andar en la dirección opuesta a la que ha tomado el hombre.

—Ey —se queja Silver—, esos no son Capitan Crunch.

—No les quedan —miento, sin detenerme.

Unos diez minutos después estamos en la cola y, tras un par más, saliendo del Fairway rumbo a mi piso.

—Está claro —dice Silver, pensativa, devolviéndome a la conversación.

Una a la que no he estado muy atenta, con franqueza. ¿Por qué empaquetan el regaliz rojo como si fueran a enviarlo a Marte en un trasbordador? Quiero comérmelo ya. Sonrío, triunfante, cuando consigo agujerear el paquete con la llave de mi piso. ¡Ja! ¡La victoria es mía!

—Tiene que vivir por aquí —continúa.

—¿Quién? —pregunto, prestándole atención al fin y dándole un bocado a mi regaliz. Está delicioso.

—¿Quién va a ser, Seer? —se queja con un resoplido—. El guapo torturado del súper.

Asiento tratando de restarle importancia, pero la verdad es que resulta un poco complicado cuando, sin ni siquiera pretenderlo, una imagen totalmente nítida de él se planta en el centro de mi

mente. Es alto, debe medir al menos uno ochenta, y delgado, pero estoy segura de que bajo esa camiseta se escondían unos músculos perfectamente marcados. La clase de músculos en los que piensas cuando lo ves encima de ti en la...

—¿Qué pasa con él? —me obligo a reconducirme.

—Que estoy convencida de que vive por aquí —repito con fastidio—. Tienes que escucharme cuando hablo —protesta, clavándome el índice en el costado.

—Ay —gimoteo, lastimera—. Te estaba escuchando —miento de nuevo, con el único objetivo de que se sienta culpable—. Y no, no tiene por qué vivir por aquí... o sí —añado, recapacitando sobre mi propia idea—, pero esto es Manhattan, así que, con que lo haga cinco manzanas más arriba, estamos hablando de algo así como miles de personas de distancia.

Somos como abejas en la colmena más bonita del mundo.

—Ese supermercado es demasiado cutre como para ir si tienes otra elección cerca —argumenta Silver.

Pongo los ojos en blanco mientras cruzamos Amsterdam Avenue.

—Es un súper normal y corriente, solo que a ti no te lo parece porque no es *gourmet* —pronuncio la palabra irritantemente burlesca—. Eres una esnob.

—Perdóname por querer cosas de calidad.

Alza la mano para coger un regaliz de la caja, pero yo muevo el cuerpo y, con él, la bolsa que llevo entre las manos justo a tiempo. No es que no quiera compartir mis golosinas con ella, aunque claramente no se lo merezca —creo que me ha tocado un órgano interno con el índice—, pero pretendo demostrar una teoría.

—Las cosas buenas, como el regaliz rojo, pueden estar en cualquier parte. No necesita venderse en un súper donde los empleados llevan corbata y delantal y donde el pan con semillas de no sé qué vale cuarenta pavos.

Ella frunce los labios, siguiendo mi argumento. Quiere regaliz y, que lo quiera, solo indica que tengo razón. Sonríe, victoriosa, y vuelvo a girarme, dándole acceso a mis chuches. Ella no lo duda, estira la mano, coge uno y le da un bocado.

—Efectivamente —asevera sin remordimientos, alzando la barbilla—. Si me cuesta cuarenta pavos y me lo sirve un tipo con corbata, me sabe mucho mejor.

—*Porque-eres-una-esnob* —repite, haciendo hincapié en cada palabra mientras tomamos Columbus y enfilamos mi calle—. Lo que no deja de ser gracioso, porque te criaste en Queens.

—¿Insinúas que no se puede ser pija y de Queens?

—Insinúo que, cuando éramos niñas, nuestras casas eran tan minúsculas que, si estirábamos los brazos, tocábamos las dos paredes de nuestra habitación.

—Tenía sus ventajas —replica Silver, encogiéndose de hombros—. Éramos las más rápidas en encontrar los huevos de Pascua que nos escondían en el apartamento.

Nos miramos, guardamos silencio un segundo y tardamos aproximadamente otro más en echarnos a reír. Queens estuvo genial.

—Por fin llegáis —nos azuza María, incorporándose de la pared de mi edificio donde estaba apoyada—. Llevo horas esperándoos.

—Has salido de la universidad hace cuarenta minutos —le recuerdo.

María es profesora de Competitividad Jurídica en el campus de la George Washington, en Nueva York.

—Eso da igual —me rebate—. Estoy cansadísima —añade, melodramática—. Muy muy cansada.

La observo, está a punto de ponerse a cantar como un personaje de *La traviata* para que comprenda la importancia de su sufrimiento, y sonrío.

—¿Regaliz? —le ofrezco.

Ella sonrío, coge uno y lo muerde. Todo solucionado.

—¿Dónde está Luke? —indaga María mientras salimos del ascensor.

—Llegará en unos... —Silver comprueba la hora en su reloj de pulsera— veinte minutos. Tenía una reunión de última hora.

—¿Es inquietante que te sepas el horario de mi hermano mejor que yo? —planteo.

Mi amiga pone los ojos en blanco.

—Puede que sea tu hermano, pero es mi insufrible compañero de piso.

Asiento con una sonrisilla, como María. Esos dos llevan quejándose de ser compañeros de piso desde el mismo día que decidieron serlo. Luke encontró un apartamento alucinante en Chelsea, pero no podía pagarlo solo y, como es el mayor sinvergüenza que han visto las calles de Queens —y muchos pares de pies han pisado ese vecindario—, organizó una competición de chupitos en el bar de Norm para ver quién se convertía en su nuevo coinquilino. La verdad es que había muchos candidatos, y candidatas, interesados. Silver tumbó en la final a su rival tras siete chupitos de Jägermeister, aunque jura y perjura que no sabía que la contienda tenía «semejante» premio. Ella solo quería beber. Desde entonces se han gritado de todo, se han amenazado con hacerse de todo e incluso una vez mi madre se presentó en el apartamento para meter a Luke en cintura después de que Silver la llamara para contarle que se estaba acostando con una chica y con su hermana. En su defensa diré que antes Luke se había encontrado con el ligue de Silver en el desayuno y le había soltado la mentira de que ella tenía un vestido de novia comprado y guardado, esperando al «afortunado».

Abro la puerta y me dirijo a la cocina para dejar las bolsas. Mis amigas hacen lo mismo en el mueble del recibidor.

—No está mal —comenta María, girando sobre sí misma en el centro de mi salón.

Y entonces caigo en la cuenta: ¡es la primera vez que ven mi casa!

—Permítanme que les haga los honores —digo, ceremoniosa, regresando a la estancia principal. Las dos me miran y yo carraspeo—. Bienvenidas a *Château Seer* —continúo, con un horrible francés—. Gracias por decidir pasar la velada aquí —trato de seguir hablando como si viese la torre Eiffel todos los días, pero mi acento es tan increíblemente malo que acabo echándome a reír.

—Me gusta el salón —comenta Silver, fijándose en cada detalle.

Les hago una visita rápida. Mi pequeño salón, mi pequeño dormitorio, mi pequeño baño y mi pequeña cocina. En esas estamos cuando suena la puerta principal.

—Ya voy yo —se ofrece María a abrir.

—Es la cajita de zapatos más encantadora que he visto en mi vida —opina Silver cuando nos quedamos solas, apoyando la mano en una de las encimeras y llevándose la otra a la cadera.

Le dedico un mohín entremezclado con una sonrisa al tiempo que empiezo a guardar la compra en los distintos muebles. Sí, es enana, pero me gusta; es fruto de mi esfuerzo y de cuánto he luchado en mi trabajo para ascender y, sobre todo, está en Manhattan, exactamente en el rincón del mundo donde quiero estar.

—Pero mantengo lo que he dicho —añade, y se une a mí en la tarea de poner cada alimento donde toca. Ahora ella también esboza una gran sonrisa—: me gusta y estoy muy orgullosa de ti, Seer Porter.

Mi gesto se ensancha. Silver y yo somos amigas desde que llegué con mi familia a Nueva York desde Los Ángeles y desde entonces nos hemos apoyado incondicionalmente, nos hemos soportado incondicionalmente, nos hemos peleado incondicionalmente y, sobre todo, nos hemos querido incondicionalmente.

—Gracias —respondo, abriendo el *pack* de cervezas y tendiéndole una.

Mi amiga alza el botellín suavemente a modo de brindis y la imito. Las voces de María y Luke de vuelta a la cocina no tardan en oírse.

—Bienvenido a mi *château* —le digo a mi hermano en cuanto cruza el umbral.

—¿Tienes el valor de llamar a esto castillo? —me increpa, traduciendo la palabra; en francés suena más sofisticada. Se acerca y me da un rápido beso en la mejilla—. Creo que podría recorrerlo entero en menos de treinta pasos.

—Yo digo veinte —se apuesta Silver.

—Eso depende —intervengo—. Si salto a un mueble y camino sobre él, ¿cuenta como pasos?

—No —responde Silver.

—Sí —contesta Luke.

—Claro que no —certifica María.

—Entonces, puedo hacerlo en quince —sentencio, orgullosa.

—Demuéstralo —me reta Luke.

Asiento, envalentonada, me bajo de mis botines *peep toes* y me dispongo a encaminarme al salón, siguiendo a María y al propio Luke.

—¿Quién vivirá ahí? —pregunta Silver, absorta en el enorme ventanal de la cocina.

Lo cierto es que esa es una de las cosas que me hicieron decidirme por este piso. La cocina, independiente de la sala de estar, tiene una enorme ventana de cristal envejecido, dividido en cuadrados por líneas de metal oscuro, que ocupa casi por completo una de las paredes. Da a un estrecho patio de luces, algo que, a pesar de ser muy común en lugares como Europa, es increíblemente raro en la arquitectura de Nueva York, y en Estados Unidos en general. Al otro lado hay una ventana idéntica, que imagino que da a la cocina del apartamento de enfrente.

—No lo sé —contesto—. Las veces que vine con la agente inmobiliaria, nunca vi a nadie. Ayer llegué tardísimo y hoy me he marchado muy temprano a la oficina, así que todavía no he tenido oportunidad de conocer a mis vecinos.

Silver entorna los ojos sobre la ventana.

—Interesante —murmura, pensativa.

—¡Chicas! —nos llama María desde el salón, y las dos nos marchamos.

Un desafío no cumplido —con o sin muebles, es imposible cruzar todo mi apartamento en quince pasos, y eso que lo he dado todo por demostrarlo; mi culo dolorido tras caerme contra el parquet lo demuestra— y una cena del Palacio de Si Shuan después, estamos acomodados en mi salón, charlando de todo y de nada a la vez, algo que se nos da francamente bien.

* * *

A la mañana siguiente, por suerte, es sábado. Sin embargo, me incordio mentalmente con la posibilidad de acabar en un programa como «Mi vida con trescientos kilos» por culpa de las delicio-

sas malditas Pringles, hasta que me levanto y, medio dormida, me enfundo unas mallas y una sudadera.

Antes de salir, necesito un poquito de energía extra, por lo que voy a la cocina y me sirvo un vaso de zumo de naranja. Con el primer sorbo, sin ningún motivo en especial, pierdo la vista en la ventana y entonces lo veo, a él, al hombre del supermercado. Silver tenía razón, vive en este barrio, ¡concretamente es mi vecino! Es el dueño de la cocina frente a mi ventana.

Otra vez solo una camisa blanca y unos vaqueros, pero otra vez parecen ser dos prendas fabricadas exclusivamente para él. Se pasea por la estancia descalzo, sacando cosas de los armarios para preparar café y, aunque debería, no puedo apartar mis ojos de él, de cómo sus manos, grandes, se mueven ágiles. ¿Cómo se llamará? ¿A qué se dedicará? Otra duda un pelín más acuciante se instala en el fondo de mi cerebro y, curiosa, me pongo de puntillas para que mi mirada pueda escrutar más metros de su casa, tratando de averiguar si está solo o hay una señora del guapo torturado del supermercado pululando por ahí.

Se lleva el pelo castaño claro hacia atrás con un golpe de mano, como hizo en la tienda, y no tardo en llegar a la conclusión de que esa es su manera de peinarse, toda la atención que piensa prestarle a su pelo.

De un salto, se sienta en la encimera de la cocina y abre el *New York Times*. Sonríe. Me gusta que lea la prensa y me gusta que lo haga con un periódico, no a través del móvil o la tablet. No sé, siempre he pensado que hay algo especial es la letra impresa, como el olor a libro nuevo; es nostálgico y a la vez promete un millón de aventuras diferentes.

Es muy guapo, aunque sigo siendo plenamente consciente de que hay algo más, solo que no tengo ni la más remota idea de cómo explicarlo.

La jarra se llena de café. Se sirve uno, solo y sin azúcar, y le da un sorbo. Está demasiado caliente y vuelve a acercársela para poder soplar y enfriarlo. La acción, de lo más simple y cotidiana, de pronto no lo es para mí, que no puedo dejar de contemplar sus labios entreabiertos, como si fueran la llave para imaginarme un millón de cosas diferentes.

Cuando recupero la capacidad de pensar, me doy cuenta de que no podría decir cuánto tiempo llevo aquí plantada, como si esa ventana fuera mi pantalla de telerrealidad particular, una señal bastante obvia de que tengo que moverme. Ya.

Me termino el zumo de un trago, dejo el vaso vacío en la pila y, armada con los cascos de mi teléfono móvil, salgo a correr, dispuesta a darlo todo.

* * *

Al principio me odio, muchísimo, como cada vez que me obligo a hacer *running* he de decir, pero después —no sé si son las endorfinas provocadas por el deporte, el sentir que a esta hora Nueva York es un poquito más solo para mí o esa preciada sensación de sentirme bien conmigo misma— me alegro de haber salido a correr. Pienso varias veces en el guapo torturado del supermercado, obviamente solo por curiosidad, sana curiosidad.

Desgraciadamente, para cuando enfilo mi calle de vuelta, me arden tanto los músculos y siento que me entra tan poco aire con cada bocanada que no sé cómo me las apaño para llegar a mi edificio sin entrar en estado de coma.

—Señorita Porter —me llama, alarmado, el portero, saliendo de detrás de su impecable mostrador a mi encuentro—, ¿está usted bien?

Asiento, jadeante, entrando atropelladamente y me llevo las manos a las rodillas al tiempo que me inclino sobre mí misma, tratando de recuperar el aliento. Por Dios, estoy en un estado de forma deleznable.

—¿Necesita que llame a alguien?

—No —grazno como un pato.

¿Por qué no hay oxígeno a mi alrededor?

—¿Tal vez a la señorita Green?

En mitad de mi bochornoso ataque *postrunning*, lo miro con el ceño fruncido. ¿Cómo sabe él quién es Silver?

El portero parece interpretar mi mirada de confusión a la perfección.

—Bajó ayer para decirme que se quedaba a dormir, que no le pasara llamadas y que, si venían preguntando por ella o pretendiendo subir a buscarla, solo le permitiese el paso al señor Gosling.

No puede ser cierto.

—Ryan Gosling —concreta.

Cabrona.

Si no sintiera que me falta el aire, subiría los escalones de cuatro en cuatro solo para darle una paliza.

Doy una bocanada inmensa. Voy a morirme y no quiero morir-me así. ¡Es demasiado ridículo! Seer Porter, fallecida por causas naturales después de una simple sesión de *running*, por ser tan increíblemente vaga de no hacerlo más a menudo y por tener en el torrente sanguíneo más Coca-Cola que glóbulos rojos. La Coca-Cola era con azúcar. La empresa de patatas Pringles lanzará diez salvas de latas en su honor.

—¿De verdad que se encuentra bien? —insiste el portero.

La puerta principal suena a mi espalda, pero no me molesto en comprobar quién es.

—Sí —acierto a articular palabra—. Solo... he salido... a...

—Señor Quinn —llama el portero a alguien a mi espalda, y tras un par de pasos unos pies se detienen—, ¿podría echarle un vistazo a la señorita Porter? Parece no encontrarse muy bien.

Por Dios, ¿esto podría ser más vergonzoso?

—No hace falta —apunto, incorporándome y tratando de huir.

Pero, sea quien sea el señor Quinn, me intercepta cogiéndome de la cintura, alejándome del ascensor y llevándome hasta el sofá que corona el vestíbulo. Sin embargo, ese «sea quien sea» parece no valerle a mi cuerpo, que siente una corriente de electricidad brutal en cuanto sus manos tocan mi piel. Sigo sin aliento, pero ahora creo que es por un motivo completamente diferente.

—Toma asiento, por favor —me pide.

Su voz.

Alzo la cabeza al tiempo que me gira con suavidad y no necesito más que un segundo para reconocerlo. Es el guapo torturado del supermercado.

Me deja caer con cuidado hasta sentarme y se acucilla frente a mí.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta, agarrándome una de las muñecas para tomarme el pulso.

Sigue teniendo barba de pocos días. Por fin puedo averiguar el color de sus ojos: son castaños e increíblemente bonitos.

—Nada —acierto a decir—. He salido a correr y no estoy en muy buena forma. Las últimas tres manzanas han sido demasiado.

Él asiente sin dejar de observarme profesional. ¿Es médico? Debe de serlo. Al menos, se está comportando como tal. Mira por dónde, ya he resuelto una de las preguntas que me he hecho en la cocina esta mañana. ¿Cuál será su especialidad? ¿Cómo debe de ser verlo en un hospital, con uno de esos pijamas azul marino y la bata blanca, como en un capítulo de «Anatomía de Grey»? ¿Por qué estoy pensando todas estas estupideces?

—¿Puedo?

Lo miro sin saber qué contestar. Él espera en silencio a que le responda o, al menos, demuestre que no he sufrido daños cerebrales. No puedo dejar de mirarlo. En serio, ¿qué me pasa? Sus labios se curvan hacia arriba, no sé si porque la situación le hace gracia, le hago gracia yo o es capaz de saber en qué estoy pensando ahora mismo; en cualquier caso, lo de los daños cerebrales ya no me parece una idea tan descabellada.

—¿El qué? —inquiero, atolondrada.

Su sonrisa se hace un poco más grande, y sé que es una completa tontería porque no lo conozco, pero en sus ojos hay algo diferente a lo que vi en el súper o a través de la ventana esta mañana.

—Tu móvil —me aclara, y además me lo señala, porque, obviamente, considera que soy idiota.

—Claro.

Torpe —pero es que ahora, además de que me ardan todos los músculos del cuerpo, ¡estoy demasiado nerviosa!—, me llevo la mano al brazalete de plástico que llevo sujeto casi al hombro, saco mi iPhone y se lo tiendo.

—Carl —llama la atención del portero, que no se ha movido de

nuestro lado, al tiempo que gira mi *smartphone* entre sus manos—, ¿puedes ir a buscar una botella de alguna bebida isotónica? Si no, agua estará bien. Gracias.

—Por supuesto —responde, poniéndose inmediatamente en marcha. Es muy competente.

Él enciende la linterna de mi teléfono y, con cuidado, lo lleva hasta uno de mis ojos. Por un momento la luz me ciega y, en un gesto involuntario, trato de apartarme. Él me chista y el sonido cortado irrumpe en mi cuerpo de una manera que nunca había sentido. De pronto, tengo la tentación de apretar los muslos y ni siquiera sé por qué.

—No te muevas —me ordena, colocando su mano en mi mejilla para asegurarse de que no lo hago.

En cuanto me quedo quieta, su mano baja y sus dedos acarician, efímeros, la línea de mi costado hasta llegar a mi cintura, como si quisiera asegurarse de que no volveré a moverme.

Tiene las manos grandes y firmes. Me gustan sus manos.

—Necesito saber cómo reaccionan tus pupilas a la luz —me explica, pasando la linterna al otro ojo.

«Estoy bien —quiero decir—. No ha sido más que una tonte-ría», pero algo dentro de mí me frena en seco, porque no deseo que se detenga.

Baja el móvil y nuestras miradas se topan la una con la otra. Emito un suspiro y busco más oxígeno, pero me quedo allí, muy quieta, casi como si estuviera hechizada, y, aunque debería sentirme como una completa estúpida, no lo hago porque ese mismo algo me dice que él también lo está notando.

Los dos parecemos volver a la realidad a la vez, pero, justo un segundo antes de que aparte su mano de mi cintura, sus dedos me aprietan posesivos solo un momento. Lo miro sin saber cómo interpretar ese gesto y cabeceo, confusa.

—¿Por qué has hecho eso? —murmuro.

Nunca he sabido quedarme con la duda.

—¿Todo bien? —pregunta una mujer a su lado.

Está acompañado. Ni siquiera me había dado cuenta. Muevo la vista y me topo con una chica con el pelo negro y la cara esti-

lizada, delgada y con un bonito vestido bajo un abrigo de paño gris.

—Claro —responde él con una envidiable seguridad, incorporándose y tendiéndome el móvil de vuelta.

No hay rastro de ninguna emoción, ni siquiera de una pizca de nerviosismo, y, con ese simple detalle, o mejor dicho con la ausencia de él, comprendo una serie de cosas. La primera y más urgente, estoy chalada. Todo han sido imaginaciones mías, pero, maldita sea, sus dedos en la piel de mi cadera no han sido ninguna alucinación. La segunda, el guapo torturado del supermercado es de esa clase de personas que no muestran nada que no sea exactamente lo que quieren enseñar. Ese tipo de hombres y yo no solemos llevarnos bien. Y la tercera, en el momento en que esa mujer ha hablado, he sentido que él se ha puesto una especie de coraza, pero, también, que, por algún motivo, conmigo no ha funcionado, porque sigue pareciéndome atormentado, enfadado, triste, vulnerable.

—Solo necesita beber algo y, con toda probabilidad, comer —continúa—. ¿Has desayunado antes de salir a correr? —me pregunta.

—No —respondo algo apesadumbrada—. Solo me he bebido un zumo de naranja.

—El zumo no está mal, pero lo ideal es que comas cereales o fruta fresca una...

—Una media hora antes de hacer ejercicio —termino la frase por él—. Lo sé. No entiendo cómo he podido olvidarlo —me mortifico.

Sí, lo habéis adivinado, vuelvo a sentirme como una completa idiota.

Él se queda observándome, examinándome, y no hablo de un estricto punto de vista médico. Muevo la mirada hasta volver a conectarla con la suya, sin esconderme, incitándome a volver a decirme que solo son imaginaciones mías. Además, yo también tengo mucho que analizar en él.

El guapo torturado del supermercado parece adivinar todo en lo que estoy pensado otra vez y frunce levemente el ceño, solo un instante, como si mi actitud, por un momento, no tuviese explica-

ción para él y así, sin quererlo, nos encontramos en mitad de un tácito desafío. El señor Quinn y yo, la señorita Porter, mirándonos directamente a los ojos, estudiándonos, retándonos, sin que pueda dejar de pensar en sus grandes manos.

—Su Gatorade, señorita Porter —me ofrece el portero, llegando hasta mí con el paso ligero—. Me alegra encontrarla más repuesta.

—Muchas gracias —contesto, levantándome y agarrando la bebida—. Ha sido muy amable, Carl.

—Para eso estamos —responde con una sonrisa.

—Gracias también a ti... señor Quinn —termino la frase al darme cuenta de que no sé cómo se llama, girándome hacia él.

—De nada, señorita Porter.

No lo dudo y me encamino hacia el ascensor. He recuperado el sentido común y aquí se acaba todo. Sí, es guapo y, sí, es increíblemente atractivo, pero como tantos otros hombres en esta ciudad —mola bastante vivir aquí—, así que, libido, capta el mensaje y guarda el disfraz de corista del Moulin Rouge.

Además, está con una chica. ¿Quién es? ¿Será su novia? ¿Su prometida? ¿Su mujer? Quizá no estén ligados sentimentalmente y sea... mmm... su hermana.

Resoplo. ¿Y a mí que me interesa? Le doy al botón de la quinta planta. Las puertas van a cerrarse cuando una mano lo impide y en cuestión de dos mezzquinos segundos vuelvo a tenerlo enfrente. Había olvidado el ínfimo detalle de que somos vecinos.

—Perdona —me disculpo—. No sabía que subías... subíais —me corrijo al verla a ella.

Es muy guapa, rollo novela de Jane Austen, con la piel pálida y el porte regio.

—No te preocupes.

Ella sonrío, amable, y le devuelvo el gesto. Los tres nos acomodamos en el ascensor. Las puertas se cierran y comenzamos a subir.

No pensar en el señor Quinn en un cubículo de unos dos metros cuadrados con él dentro es un poco más complicado, pero lo he dicho y lo mantengo. Esta tontería se acaba aquí.

—Por cierto, me llamo Seer. —No sé por qué lo digo, algo den-

tro de mí ha tenido la imperiosa necesidad de presentarse—. Soy tu nueva vecina.

—¿Te has mudado a la casa de la señora Moskovitz? —pregunta la chica, volviéndose hacia mí.

—Sí —respondo, algo aturdida—. Supongo que sí. Lo alquilé a través de una agencia.

Soy tímida. Siempre lo he sido, pero desde pequeña Silver y yo acordamos una especie de plan: si fingía ser extrovertida, todos pensarían que lo soy y, por extensión, me atrevería a hacer las cosas que no me sentía capaz de hacer. Algo así como tener capa y escudo de superhéroe. No terminó de funcionar del todo, pero sí me valió para guardarme para mí y las personas importantes en mi vida cómo soy de verdad y crear una especie de fachada para las clases, primero, y el trabajo y lo demás, después. Eso sí me funciona, pero conocer gente nueva, a veces, sigue siendo un pelín más difícil, más en circunstancias adversas como ascensores con chicos muy guapos y ¿su fisioterapeuta a domicilio?

—Era una mujer muy simpática —continúa ella.

Asiento con una sonrisa, atenta a la conversación, pero lo cierto es que no sé cómo proseguir.

El guapo torturado del supermercado deja caer el costado contra la pared del habitáculo, con un punto de displicencia y dejando claro también lo poco que le interesa. Tal y como me pasó la primera vez que lo vi, no puedo evitar sentir curiosidad. ¿Por qué será así? ¿Qué le habrá ocurrido para tener esa actitud frente a todo?

La chica me observa y yo aparto rápido la mirada para centrarla en las puertas. Estoy nerviosa, aunque creo que la palabra adecuada sería *acelerada*.

El ascensor se detiene en la quinta planta y las puertas empiezan a moverse. Ni siquiera espero a que se abran completamente para salir.

—Hasta luego —me despido, camino de mi puerta.

Pero, como tengo tanta tanta suerte, cuando saco la llave del mismo brazaletes donde llevo el móvil, esta se me cae, rebota y, por muy veloz que me agacho, no soy capaz de cogerla al vuelo. Cuando al fin me levanto, un pelín abochornada, todo hay que decirlo,

por inercia llevo mi vista hacia la puerta vecina, para asegurarme de que no ha habido espectadores.

No hay rastro de la chica, pero él está de pie, observándome. Nuestras miradas se cruzan y una chispa de pura electricidad brota entre los dos. Mis músculos se tensan deliciosamente y vuelvo a pensar en sus manos grandes, en sus pies descalzos, en cómo se pasa las manos por el pelo.

¿Por qué me siento así?

Él no dice nada, ni siquiera adiós, y simplemente entra en su apartamento.

Cuando la puerta se cierra a mi espalda, tengo la respiración galopando y el corazón está retumbándose contra el pecho.

—Olvídate de esta tontería ahora mismo —me exijo.

Y, como me conozco muy bien, me obedezco.

* * *

Me paso el resto del sábado terminando de desembalar con la ayuda de Luke y las chicas, y el domingo nos lo pasamos haciendo un maratón de Netflix en la tele, comiendo palomitas. ¿Entendéis ya por qué tengo que salir a correr?

No negaré que cada vez que he entrado en la cocina puede que haya desviado la mirada hacia la ventana, pero ninguna de esas veces lo he visto al otro lado.

* * *

Ya es lunes. Esto es Manhattan. Toca darlo todo.

El día es una auténtica locura de artículos, entrevistas, maquetas... Se acerca el cierre y es imposible no tener todos los cabos perfectamente atados.

Además, es un lunes especial. Ya he terminado de rellenar los papeles y en unas semanas tendré la primera entrevista. Mi sueño está cada vez más cerca.

NOVIEMBRE

Cada día ha sido una minilocura en la redacción de *Vogue*. Comparto con Silver cada almuerzo; dependiendo del tiempo que tengamos, vamos a cualquiera de la docena de restaurantes que hay en un radio de dos manzanas, subimos a la azotea con comida para llevar o cada una se alimenta con las provisiones que ha traído, ha encontrado o ha robado —palabra que esa siempre ha sido mi amiga— mientras seguimos tecleando como posesas delante del ordenador y hablamos por teléfono. La última opción ha sido la más repetida, pero no pasa nada. Lo hemos hecho tantas veces desde que empezamos a trabajar que a estas alturas ya se ha convertido en una especie de ritual.

Hablando de rituales y, ya puestos, de cosas que no voy a contarle a Luke ni a ninguna de mis amigas bajo ningún concepto... a mi día le faltan horas desde que me levanto, por lo que no puedo perder mucho tiempo desayunando y cada mañana de esta semana me he comido lo que quiera que me haya preparado veloz como el rayo en la cocina. Esta es la versión oficial, la que repito ante el espejo por si un juez me obliga a acabar contándoselo a un terapeuta y, por supuestísimo, nada tiene que ver con que haya descubierto que el guapo torturado del supermercado desayuna a la misma hora en su cocina.

Juro que los primeros días no fue nada premeditado. Yo me plantaba allí con cara de sueño y un zumo en la mano y él aparecía al otro lado del patio, vestido de la manera más sencilla que os podáis imaginar: vaqueros, camiseta. Siempre solo.

Después me quedé por pura curiosidad científica. ¿Dónde estaba aquella chica? ¿Y por qué no encontraba nada que me dijera qué es lo que él carga sobre los hombros? Wonder Woman tenía una foto junto al reloj de Steve Trevor, pero allí no había nada susceptible de ser una pista.

Un puñado de «después» más tarde desayuné en la cocina porque quería verlo. No voy a mentir. Quería ver la línea de piel que aparecía cuando la camiseta se le levantaba al estirarse para coger algo del mueble más alto o cómo se revolvía el pelo castaño claro. Todo muy inocente, como observar un *reality show*.